

La Última Pelea del "Manoplas" Benalcázar

Autor: Lenin Yuquilima.



El ruido atronador que hacía el público era frío, y a aquella gelidez mundana, a su vez, le escupía otro tipo de frío al cuerpo del viejo púgil. Un frío desesperante que empezaba por hacerle cosquillas en la columna vertebral y llegaba a ser un tenue dolor en las rodillas que ahora le temblaban al tiempo que el Bocón Massa se acercaba al cuadrilátero saludando a todo el mundo con el puño en alto. Por un momento, este frío le llegaba a la cabeza y le producía un mareo que sabía disimular bien aquel pequeño mestizo cuyo aspecto era una rara suerte entre rasgos caucásicos, indígenas y negros, algo que era poco normal en su pueblo natal, y que fuera de él resultaba aún más extraño. El frío que se colaba entre su ya flácido cuerpo, que otrora había estado marcado por músculos, de pronto se convirtió en un sabor amargo, la espesa saliva apenas alcanzaba a tragar mientras apoyaba la espalda al poste de su esquina.

Al mismo tiempo el Bocón entraba orgulloso bailoteando y dando golpes al aire, chocando las manos con sus fanáticos que estallaban de júbilo al verlo acercarse radiante y con el cuerpo mulato brillando por el aceite que le había untado su entrenador en el camerino. Sonreía con los rasgos faciales toscos que suelen tener boxeadores rudos de su tipo, era el espécimen ideal para aquellas lides y él estaba seguro de aquello, grandes labios, la nariz algo torcida tenía el aspecto de una roca, como si una montaña algo irregular e inclinada hacia la izquierda le hubiera brotado en medio del rostro, y el mentón algo prominente. Era un boxeador joven, contaba con apenas 25 años, y sin embargo, llegaba invicto con un record de 21 peleas y 13 centímetros más de estatura que el viejo “Manoplas” Benalcázar.

Mientras esperaba sentado, el Manoplas observaba al Bocón subir al cuadrilátero, por entre la segunda y tercera cuerdas, agachándose. Una vez incorporado veía al Bocón acariciarse rudamente su encrespado cabello con una mano, mientras que con la otra

se daba golpes en el pecho y una que otra vez bajaba la cabeza y el golpe se lo daba en las sienas. dando un aspecto rudo y confiado que era la comidilla entre las gentes que se habían dirigido al viejo coliseo “José Mosquera”, donde no cabía más gente, pues todos querían ver al más célebre hijo de aquel terruño venciendo al legendario “Manoplas” Benalcázar. Mientras miraba el show que brindaba el Bocón, su entrenador, que últimamente era también su promotor, le hablaba al oído, al tiempo que le tapaba la boca con las manos.

—Ya sabe mijo, en el noveno asalto se me deja alcanzar y se tira al piso hasta que el réferi cuente hasta diez, ya todo está hablado.

—Ya lo sé, Alberto. Ya no me jodas. —Le replicó el Manoplas al tiempo que se incorporaba ante el llamado del réferi y dejaba a su entrenador—. Ya de pie el Manoplas se encaró con el Bocón, mientras el réferi les gritaba las reglas básicas que tendrían que observar durante el combate, miraba a aquel mulato pero tenía la mente en blanco, y de pronto el frío del rugido de la multitud que le hacía temblar las rodillas había desaparecido y se tornaba en el más concurrido silencio de toda su carrera, y el hormigueo de su columna vertebral se convertía en decepción al ver la arrogancia del Bocón que rechazaba su saludo antes de empezar la pelea.

El sonido de la campana despertó al Manoplas, había empezado la pelea y fiel a su estilo empezó a esquivar los golpes del Bocón que arremetía con furia y confianza una y otra vez en su contra. Corría por todo el cuadrilátero marcando el ritmo de la pelea con su swing y su velocidad para escapar, en lo posible, de los golpes de su adversario dentro de ese reducido espacio donde la furia bailaba en medio de dos gentes para deleitar a los fanáticos que miraban emocionados y para llenar los bolsillos de los promotores. Estaba cerca de finalizar el primero de los diez asaltos que habían sido pactados para aquel combate, cuando de repente se

puso a pensar en que a sus 47 años quizá no lograría mantener ese ritmo y que tal vez ni siquiera podría llegar al noveno asalto, se veía a sí mismo cansado en el quinto asalto quizá. Mientras divagaba no alcanzó a ver el guante rojo que se acercaba a toda velocidad a su rostro, golpeando violentamente su frente y una parte pequeña de la nariz haciendo que su cabeza se echara para atrás. Aún se le sacudía el cerebro, por el primer jab que le había logrado conectar el Bocón, cuando recibió otro, esta vez en la mejilla; al tiempo que intentaba levantar los brazos para cubrirse, el sacudón de su cabeza le volvía al tiempo y espacio de la pelea, acto seguido recibió un cruzado que perdió fuerza al chocar con el antebrazo y llegó con fuerza pero sin contundencia hasta su sien. Intentó correr hacia atrás mientras recuperaba su guardia, sin embargo al retroceder dos zancadas cortas sintió presionada su espalda contra las cuerdas. Apoyado así contra el límite del cuadrilátero cabeceaba escondido detrás de sus brazos de un lado al otro durante al menos diez segundos antes de que sonara la campana, que determinaba el final del primer round, en el cual el Bocón se encontró tratando de romper la guardia del viejo púgil con sobrada violencia y confianza en sí mismo.

El segundo asalto fue otra dosis de Benalcázar huyendo de Massa y éste a su vez logrando conectar uno que otro golpe aunque no muy contundente en la cara del Manoplas, solo en un punto intermedio de dicho round hubo un intercambio de golpes entre ambos púgiles, sin embargo mayormente la historia se repetía, el Bocón persiguiendo y conectando algunos golpes al Manoplas que casi acertaba solo a correr y a soltar puñetazos esporádicos que tocaban sin mayor fuerza o a su vez rozaban el cuerpo y el rostro del mulato.

Empezaba el tercer round con el sonido de la campana, que se veía casi igualado en sonoridad al rostro de Benalcázar al ser alcanzado por el rechazazo que sacó Massa al tiempo que iniciaba el asalto. El Manoplas se tambaleó, cayó de rodillas mientras sus ojos miraban al vacío, el horizonte de aquel coliseo, donde las gélidas voces de los aficionados se tornaban en chillidos graves e insoportables. Así de rodillas, de repente, por un segundo se sumió en la oscuridad de los recuerdos, las voces de



los asistentes al combate desaparecieron y se vieron reemplazadas por las voces que había acumulado durante su vida, desde aquellas voces maternas que le cantaban nanas mientras él chilloteaba en los brazos de su progenitora, hasta aquella voz, de una de sus aventuras furtivas en un hotel, cuando le avisó del accidente causante de que su hija estuviera en agonía, y de quien nunca alcanzaría a despedirse. De pronto

aquellas voces también se apagaron y resonó una sola voz que entre tierna e ingenua le hablaba.

—Estás aquí papá, al fin volvemos a estar juntos. Al escuchar aquella voz, el Manopla sólo acertó a estirar el brazo para tratar de palpar algo en la dirección de donde venía aquella voz y sintió como que terminaba de caer a un abismo en cuyo fondo se hallaba devuelto a la realidad y ahora escuchaba la voz del réferi mientras veía sus rodillas, aquella voz que había empezado el conteo se escuchaba lejana y dejaba un eco que le producía un leve cosquilleo en la cabeza.

¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis!—gritó el réferi mientras Benalcázar se incorporaba lentamente y con las piernas que le temblaban como si fuese un potrillo que apenas empezaba a caminar—.

Al llegar al número siete, el Manoplas ya estaba de pie, diciéndole al árbitro que podría continuar la pelea a pesar de todo el castigo recibido.

Se reanudó el asalto con una rápida serie de jabs y cruzados por parte de Benalcázar, había tomado un segundo aire y el Bocón se mostraba sorprendido, luego de tres jabs en el rostro y un cruzado en la sien, el rostro de Massa mudó de aspecto, ahora mostraba una cara de miedo. El mulato intentó abrazarse al Manoplas pero éste logró agacharse al tiempo que le dejaba un gancho en la nariz del joven boxeador. Dicho golpe le revolvió los sentidos a Massa que, con la nariz sangrando, se apoyó contra las cuerdas para evitar caerse y se cubrió el rostro con sus musculosos brazos mientras, el viejo le trataba de abrir la guardia a punta de golpes en los brazos y el cuerpo, sin embargo un descuido del Manopla le permitió al Bocón incorporarse con un golpe que hizo tronar el pómulo de Benalcázar al que se le pusieron los ojos en blanco por un segundo y se tendió en el suelo del cuadrilátero, enseguida trató de incorporarse pero el árbitro había empezado el conteo, pero el púgil tuvo tal suerte que al llegar al número cuatro sonaba la campana ante lo cual se tendió nuevamente en el piso. Al retirarse a su esquina el Bocón pasó por donde estaba tendido Benalcázar, se quitó el protector y le escupió la cara.

—Estás acabado viejo, hagas lo que hagas sabes que tengo que ganar. —Le dijo mientras con su bota le pisaba la cara fingiendo tropezar por cansancio—.

El entrenador y los asistentes de Benalcázar entraron corriendo a levantarlo y lo llevaron hacia el banco de su esquina.

—Éste fue el último round. —Le dijo su entrenador—. En el próximo te dejas caer y no te levantas.

—No, Alberto—. Respondió un aturdido Benalcázar en una especie de susurro casi ininteligible—. ¡Voy a ganar la pelea!

—No te dejes provocar, Benalcázar—. Le dijo el entrenador aterrado ante la respuesta del viejo púgil—. Recuerda que ya el negocio está hecho y además, ya no tenemos el dinero. Acuérdate también que apostamos con el Alcalde y su gente, si ganas no salimos vivos de ésta.

—¡No me importa! —Respondió el Manopla—. Un hombre como ese, no merece la racha que tiene.

Enseguida, sonaba la campana para el cuarto asalto y acomodándose el protector bucal, se incorporaba Benalcázar un poco tambaleante y se encaraba con Massa. Entraba el veterano a dejar una combinación de golpes y se alejaba, mientras Massa lo esperaba con la guardia alta y le regalaba también una generosa dosis de golpes en el rostro, dicha dinámica continuó como programada hasta la mitad del asalto. Llegado al meridiano del asalto, el Bocón soltó un golpe a la mejilla del viejo y éste a su vez sacó un uppercut fulminante hacia la mandíbula del mulato que miraba estupefacto el guante negro acercándose inminente sin que pudiera hacer nada para evitarlo, su mueca de terror se veía deformada al recibir el impacto del golpe contundente en la quijada, y de pronto este gesto se veía transformado en una deformidad que rozaba en lo monstruoso, el Manopla vio al mulato caer inconsciente con la quijada rota y los ojos en blanco a la vez que los camilleros entraban rápidamente para llevarlo al departamento médico del coliseo. Había sido un nocaut fulminante el que le dio la victoria a Benalcázar.

No alcanzó el viejo púgil a celebrar su victoria puesto que la gente de aquel pueblo, con palos y machetes, alentados por el promotor del Bocón y el Alcalde, subieron al ring y acorralaron al Manopla y su equipo técnico. Resignado a su suerte, Benalcázar cerró los ojos y levantó el brazo al tiempo que, en medio de los garrotazos, un machetazo en su nuca apagaba las voces de dentro y fuera de su cabeza.